Entre tanto yo sostenía á la niña en mis brazos para procurarle una respiración más fácil; pero la veía espirar por momentos; quería bautizarla, mas por desgracia, ni una gota de agua había á mi alcance. ¿Qué hacer? ¿dejarla moribunda para ir á traer agua? la idea de encontrarla muerta me llenaba de espanto. ¿Dejarla morir sin bautismo? ¡Oh Dios, cómo esto me desgarraba el corazón! En medio de tan crueles angustias, me dirigí hácia una imágen de la Santísima Virgen que estaba colgada á la cabecera del lecho, y con el acento del más vivo dolor, y con esa fe ardiente que se experimenta en el momento del peligro: Santísima Virgen, exclamé, acuérdate de que tú eres la Madre de esta pobre criatura; tú debes salvarla, y así, yo te la entrego y la confío á tus cuidados maternales.

Apenas había yo proferido estas palabras, cuando la enferma se extendió suavemente en su lecho, cruzó sus manecitas en actitud de una persona que va á tomar el sueño, y se durmió apaciblemente. Ya el peligro había desaparecido, y la presencia del sacerdote y del médico fueron inútiles.

Se comprenderá cual fué mi gozo, por lo mucho que había padecido, y así, me arrodillé dirigiendo á Dios y á mi poderosa libertadora las acciones de gracias que les eran debidas.

Ved, niñas, cómo sin ser aún cristiana, ya se aplicaba aquella negrita á vencer su genio naturalmente caprichoso y altanero. ¿Qué no debe hacer una niña que ha nacido en el seno de la Iglesia católica, y tiene la dicha de haber recibido la fe con el santo Bautismo? por eso las jóvenes

son muchas veces presuntuosas, soberbias, desobedientes y tenaces en su propio parecer; porque no han querido ir acostumbrándose desde niñas á la difícil tarea de vencer sus pasiones. Imitad á Amna, mis queridas niñas, y sereis virtuosas y santas como ella.

LOS ANIMALES

III. Artificio del gato.—
Cuidado de la Providencia.—Mañas para cazar.

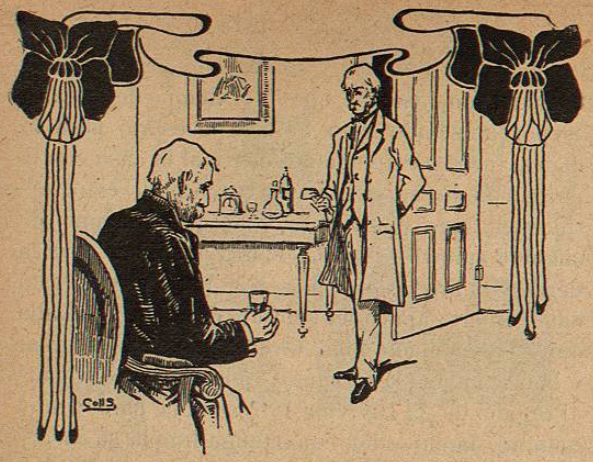
De este mismo artificio usan algunos gatos, grandes cazadores, porque en una huerta que yo vi se extendía uno de estos entre los árboles y las legumbres, y se estiraba y tendía de tal manera que parecía muerto y allí perseveraba sin bullirse esperando su ventura. Engañándose, pues, con esta figura las simples avecillas, llegábanse cerca de él sobre seguro, y entonces el ladrón de un salto las apañaba y se las comía.

Y pues hice mención del gato, también diré de él lo que cada día vemos; mas no todos notamos en esto el cuidado de la Divina Providencia, que en infinitas maneras se nos descubre. Crió ella este animal para que defendiese nuestras casas y despensas de los daños y molestias de los ratones. Y todos vemos las industrias de uñas y ligereza

que para esto tienen; y sobre todo esto, como ya dijimos, ven de noche, que es el tiempo de su caza. Y porque siendo este animal necesario para lo dicho, fuera inconveniente oler mal la casa con la purgación de su vientre, él busca para esto sus rincones más apartados, y lo que ninguno de cuantos animales hay hace, con las uñas cava la tierra, y cubre lo que purgó. Y para ver si está bien cubierto aplica el sentido del oler, y si halla que todavía huele mal, torna otra vez á escarbar y cubrir mejor. Esto vemos cada día, y no vemos el regalo de la Divivina Providencia para con el hombre, dando orden como tenga limpia su casa y libre de mal olor. Porque ya que le hacía este beneficio en darle este cazador que le limpie su posada, no se lo diese por otra parte con este tributo de ensuciársela.

Pues las astucias y asechanzas que el gato tiene para cazar y para hurtar, cada día las vemos. Bien sabe él á veces quitar la cobertura de la olla que está recien puesta al fuego, y meter las garras, y sacar la carne y huir con ella. Mas yo soy testigo de otra astucia que aquí diré. Andaba por encima del lomo de una pared en pos de una lagartija, la cual, huyendo de él, se metió debajo de una teja que acaso estaba allí boca abajo. ¿Qué hizo etonces? Hizo esta cuenta: si meto por aquí la mano hame de huir por la otra boca de la teja. Pues yo acudiré á eso. Mas ¿de qué manera? Puso la mano á boca de la teja más estrecha, y por la más ancha metió la otra, y de esta manera, como por entre puertas, alcanzó la caza que buscaba. ¿Pues qué más hiciera si tuviera razón?

(Fr. Luis de Granada.)



3.ª Fábula

El Desayuno Misterioso

A poco del desayuno
Don Blas se puso á morir;
Llamóse al Doctor Don Bruno,
Que con acento importuno,
Al verle, empezó á decir:

—"Un veneno! ¿Quién ha sido
El que tal almuerzo os dá?"
—"!Ay (responde el dolorido)
También mi Blas ha comido,
y bueno y alegre está!"

—"Tan temprano! Quién creyera?
(Dice el Doctor) y la mano
Se pone en la calavera.....
Y medita..., hasta que, ufano,
Prorrumpe de esta manera:

—"Albricias! que no es veneno;
Pues si comió igual regalo
El Chico y está sereno,
Se ve que el manjar fué bueno,
Y vos el que estabais malo."

Soltó aquí la carcajada
Blasito, que ya declina.
—"Explicación tan pensada
(Dice) tiénenla olvidada
Los niños de la doctrina.

Porque es un hecho observado,
Siempre que comulgan dos,
Y al gran Banquete Sagrado
Uno se acerca en pecado
Y el otro en gracia de Dios.

El manjar no es lo nocivo,
Que al Señor reciben todos;
Mas, si del bueno es Pan Vivo,
Del malo es veneno activo,
Según de gustar los modos."

Luego pruébate, Cristiano,
Si á tal mesa has de ponerte;
Pues, si no te acercas sano,
Saber debes de antemano
Que comes tu propia muerte.

(Pbro. C. Fernández).

4.ª ADIVINANZA

Sepulcro venerado
Donde yacen despojos muy queridos
Que cual rico tesoro muy preciado
Y fielmente guardado
Mil ósculos recibo agradecidos,
Y aunque con burdo traje
De tosco lienzo míranme cubierta
No es cierto por desprecio ó por ultraje,
Por honor y decóro, es cosa cierta
Para que polvo ó mancha á mí no baje.
Ultima pincelada:
Soy mujer bendecida y consagrada.

TERCER SABADO

Nuestra Señora de Pontmain

Continuación de la Aparición.—Venida de otros niños.—Todos la miran.—Advertencias á las niñas.

Como iba diciendo, amadas niñas, la familia se puso á cenar dentro de la granja; mas tal era el contento, tal el alborozo de Eugenio y de José, que no quisieron ni aun sentarse para comer á gusto, sino que estuvieron parados durante la cena, porque se les hacía tarde en ir á ver de nuevo á la graciosa Señora; y cuando acabaron de cenar y salieron de nuevo, díjoles su madre: "rezad otra vez los cinco Padres Nuestros y cinco Aves Marías." Pronto dieron la vuelta repitiendo como siempre: "Todo está lo mismo, lo mismo;" pero en esta vez añadieron: "la Señora está del tamaño de la Hermana Vitalina."

—¿Quién era esta Hermana Vitalina?

Era, amadas niñas, una de esas piadosas mujeres que en alguna congregación religiosa se de-

dican á la instrucción de los niños pobres abriendo escuelas, asilos y colegios, donde les dan también á veces educación y sustento. Oyendo, pues, la madre de los niños nombrar á aquella buena Hermana, le ocurrió el pensamiento de ir á traerla, para ver si ella, tan devota y piadosa, tenía también la dicha de gozar de lo que los niños gozaban: "mucho más buena es ella que nosotros, decía á sus hijos, y así, vamos á buscarla." Marchó, en efecto, acompañada de Eugenio y fué á convidar á la Hermana, la cual se prestó á acompañarla; pero llegando al lugar de la aparición, tampoco pudo ver nada..., nada sino el cielo, claro y sereno. Desengañada, vuelve á su casa; pero al llegar siente una inspiración: tenía en el colegio dos niñas pensionistas, Pachita Richer, de once años, y Juanita Lebossé, de seis, y pensó, que siendo niñas de corta edad, podrían quizá tener la dicha de mirar lo que miraban Eugenio y José.—Llevaron á las dos niñas, y en efecto así pasó: ellas miraron todo, todo, lo mismo que los niños Barbedette. A poco llega atraída por la novedad, otra Hermana, Sor Eduarda; pero ella no ve nada, nada absolutamente; y así, viendo que sólo los niños miraban, y no los grandes, piensan mandar por otros niños, y corren á la casa de un señor Treteau *(Se dice Tretó)* quien llevó en persona á un nietecito que tenía seis años y medio de edad; y el niño también miró á la hermosa Señora, y la describió con todos los detalles que habían dado los otros niños. A poco llega una mujer que trae en brazos una muchachita de dos años seis meses, y todos creyeron que también la criaturita miraba la aparición, porque estirando y meneando las manitas, decía: "el Jesús, el Jesús," á media len-

gua. Esto acabó de excitar la atención, y resolvieron ir á llamar al señor Cura.

Pero mientras lo llaman, y él llega, suspendamos la historia, y notemos oh niñas, otra vez, cuánto quiere la Virgen á los niños inocentes, pues sólo de ellos se dejaba mirar, y de nadie más, ni aun de las personas religiosas. Y así debeis tratar de no ser malas, para que también os ame con particular ternura. Notemos, como aquellas gentes sencillas tratan de llamar más y más testigos para que admiren el prodigio, y alaben por él á la inmaculada Virgen; así debeis convidar á otras niñas á ver las imágenes de esta dulce Madre, á amarla y venerarla, y acrecentar su devoción cuanto podais. Finalmente, es de notar cómo en último resultado determinan llamar al señor Cura; porque en todos los negocios delicados y difíciles, es bueno no fiarse de sus luces, ni dirigirse por sí mismo, sino consultar á los superiores y á los ministros del Señor. Hacedlo así, niñas; y para el sábado que viene, seguiremos. Amiguitas, adios!

CUARTO DOMINGO

Vida de una Santita de nueve años

IV

Sigue enfermiza.—Caprichos infantiles.—Sus terrores y sustos.—Cómo acogía la imagen del Crucifijo.—Deseos del bautismo.

La niña se restableció un poco; pero con frecuencia era necesario que guardara la cama, por otras indisposiciones bastante graves, las cuales sufría con mucha paciencia y valor, y no se quejaba jamás.

—Querida niña, le decía yo algunas veces, ¿cómo harás para poder estar de pié en el día del bautismo?

—Descuide V., mamá (así era como me lla-

maba) en ese día. Jesús me ayudará y me dará fuerzas, créalo V., mamá.

—Su confianza, como lo veremos, no fué vana.

Amna era, como ya he dicho, de un natural ardiente, enérgico y algo caprichoso. Los rasgos siguientes nos darán de ello una idea.

La primera mañana que estuvo entre nosotras, quise ponerle un delantal, mas la niña, viendo que no correspondía á sus ideas de grandeza, lo rehusó con un ademán algo desdeñoso, acompañado de la palabra *mafis*, es decir, *nó, nó*. Yo le hice comprender que me vería obligada á castigarla, y hasta entonces se resignó á aceptarlo la altiva africana. La misma cosa aconteció respecto de un vestido que no era de su gusto: para escapar de la hermana que quería ponérselo, vino á refugiarse bajo de mi mesa; allí, conservando un aspecto serio y continuando su obra, manifestaba querer decir á todos: "Nadie se atreverá á acercarse aquí." Sin embargo, con algo de firmeza y mucha dulzura la hice sujetarse, pues importaba que se acostumbrase desde temprano á obedecer y vencer aquella voluntad propia que amenazaba hacerse contumaz. Una noche se obstinó en no acostarse; escondida en un rincón de su gabinete ni se movía, y fué necesario que una de nosotras la tomase en brazos y la pusiese en la cama por fuerza.

Al acercarse la noche temblaba Amna de miedo de los gelabas, esos mónstruos en forma humana que arrebatan á las niñas negras, y por eso no quería quedarse sin luz ni un solo instante. Una noche la despertó repentinamente el ruido de una matraca, y fué su terror tan grande que huyó por los corredores en camisa, corriendo y gritando sin saber á donde iba, hasta que una her-

mana la encontró, la tomó en brazos y la llevó á su lecho. Le palpitaba el corazón tanto en esa vez, que para calmarla fué necesario estar con ella mucho tiempo á su cabecera; y repetía: cra, cra, cra; de donde concluímos que el ruido de la matraca era lo que le había causado tanto terror. Fué necesario quitar algunos cuadros de su cuarto, pues creía ver en ellos personas que la querían arrebatar de noche. Estas desgraciadas niñas de Africa habían sufrido tan malos tratamientos, habían sido vendidas y revendidas de una manera tan bárbara, que toda su vida debían naturalmente resentirse de los trastornos que habían atormentado su infancia. Si se les quería llevar al locutorio se imaginaban inmediatamente que las iban á poner en venta, y procuraban huir con todas sus fuerzas.

La primera vez que Monseñor el Obispo vino á verlas, Amna, después de haberle observado algún tiempo, dijo:

—Basta, basta.

Y ya comenzaba á cerrar la reja, si yo no la hubiese detenido.

Entonces, como viese colgada en la pared una hermosa imagen, teniendo las manos juntas en ademán de súplica, ella tomó devotamente la misma postura, tan bien, que parecía un verdadero angelito.

La primera vez que la piadosa niña tuvo en sus manos un Crucifijo, fueron tales sus extremos, sus lágrimas y los abrazos que le dió, que sería imposible describirlos, pues parecía que estaba fuera de sí. Lo poco que había podido comprender de los padecimientos de Jesús por nosotros, había llenado su corazón de los más vivos sentimientos

de reconocimiento y de amor. Semejantes acciones demostraban una alma admirable dispuesta á recibir y á secundar las impresiones de la gracia.

A las cualidades del corazón de la niña Amna, se unía una extraordinaria inteligencia, por lo que era muy facil instruirla. Aprendió muy pronto á hablar el italiano, y más pronto todavía, á leer y á escribir. Aunque le causasen molestia ó disgusto sus enfermedades, se hacía siempre violencia para estudiar y aprender; porque el deseo del santo bautismo la ocupaba fuertemente. Jamás veía á Monseñor, que no le rogase le administrara este sacramento; en su sencillez, quitándose la cofia presentaba su cabeza al prelado, diciéndole:

—Lava, querido Obispo, lava; haz á mi alma bella.

Después, tomando la mano de Monseñor, la colocaba sobre su cabeza y exclamaba:

—Querido Obispo, vierte aquí el agua, tengo el alma negra y súcia; apresúrate á abrirme el cielo; hazme hija de Dios.

Conservando las antiguas costumbres del Oriente, á todos trataba de tú, y esto daba un encanto particular á sus palabras.

Al ver los terribles sustos de la pobre negrita, que impresionada por sus primeros sufrimientos temblaba al menor ruido, y tenía miedo hasta á las pinturas de los cuadros, no me canso de repetiros, que le deis gracias á Dios de haberos libertado de todos esos males haciéndoos nacer en países civilizados y cristianos. Si ella, además, deseaba el bautismo como lavatorio del alma, vosotras, niñas, que aun bautizadas, volveis á ensuciarla con culpas, debeis desear ardientemente la

confesión que las quita, y decir á los sacerdotes lo que Amna al Señor Obispo: "lava, lava, pon á mi alma hermosa." ¡Oh, si supiérais cuán horrorosa es la mancha del pecado! No querríais estar con él ni un solo instante!

LOS ANIMALES

IV. Diversidad de sus alimentos.—Conformidad de sus miembros para buscarlos.—El Halcón y el Milano.

Y volviendo al propósito del mantenimiento de los animales, vemos cuánta diversidad hay así en ellos como en las facultades que el Criador les dió para buscarlo. En lo cual maravillosamente resplandece la sabiduría de su providencia, porque si todos tuvieran un mismo manjar, y una manera de habilidad para buscarlo, no pareciera esto cosa tan admirable; pero siendo tantas las diferencias de manjares, y tantas y tan diversas las facultades é instrumentos de los miembros para buscarlos, es cosa que á cada paso

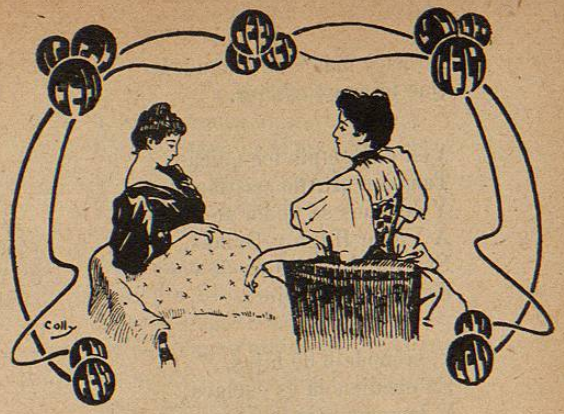
está gritando y predicando el cuidado y la sabiduría de esta suma Providencia, y provocándonos á la admiración y reverencia de ella. Vemos, pues, que entre los animales, unos buscan su manjar en la tierra; otros en el agua, y otros en el aire: y de éstos, unos se mantienen de sangre, otros de yerba, otros de grano y otros de otras cosas sin cuento. Pues á todos ellos formó el Criador con tales cuerpos y miembros, que les sirviesen para buscar su manjar. Porque al león, y al tigre, y á otros semejantes crió con dientes y uñas muy fuertes, y con ligereza para seguir la caza, y con ánimo esforzado y generoso para no temer los peligros, ni las fuerzas agenas: como lo tiene el león, de quien dice Salomón: "El león que es el más fuerte de las bestias, no teme el encuentro de nadie. Pues *éste con sus cachorros sale de noche*, como dice el Salmo: *bramando para robar, y pedir á Dios que le dé de comer.* Y conforme á esta generosidad tiene esta propiedad que como gran señor no come de la caza que el día antes le sobró. De quien escribe Eliano, que después que por la édad está flaco y pesado, y así inhabil para cazar, sale con sus cachorros, y espéralos en cierto puesto, y ellos traen al padre viejo la caza que hallaron; el cual los abraza cuando vienen y les lame la cara en señal de agradecimiento y amor. Y después de este amoroso recibimiento asiéntanse todos á comer de la caza. Pues ¿qué más hicieran si tuvieran razón como los hombres? y aún en esta piedad los sobrepujan; pues muchos hijos vemos muy escasos é inhumanos para con sus padres pobres y viejos. Lo cual no cabe, aun entre animales fieros.

Resplandece también el artificio de la divina

Providencia en las habilidades é instrumentos que dió á las aves de rapiña para cazar y buscar con esto su mantenimiento. En las cuales es muy artificioso el pico, y muy diferente del de las otras aves mansas. Porque la parte superior de él es aguda y corba para hincar en la carne y sacar los pedazos de ella, y la inferior es como una navaja, y viene á encontrarse y encajarse en la más alta, y así corta y troncha lo que el pico de la parte superior levanta. Pues ¿quién podrá imaginar que una cosa tan proporcionada y tan acomodada, para este oficio, se hizo al acaso, y no con gran artificio? Lo cual aún parece más claro con la correspondencia de todas las otras facultades é instrumentos, que para esto sirven, como son las uñas tan agudas y recias para prender la caza, y también para retenerla, cerrándose las delanteras con las traseras, para tenerla tan apretada que no se les pueda ir. Tienen otro sí gran calor en el estómago para que el hambre las haga más codiciosas y ligeras para la caza. Tienen también un corazón animoso y confiado; pues un halcón zahareño en muy pocos días se hace tan doméstico y tan fiel, que lo enviais á las nubes en pos de una garza, y le llamais y le mandais que os venga á la mano, y así lo hace. Porque como el Criador formó estas aves no sólo para que ellas se mantuviesen, sino también para que ayudasen á mantener y recrear al hombre como lo hacen los azores, tales armas, y tal ánimo, y tal confianza les había de dar. Y porque no dió esta al milano aunque no le faltan armas y alas, abátese á los flacos pollicos, porque no tiene corazón para más: representando en esto la bajeza de los hombres villanos y pusilánimes, los cuales, siendo tan co-

bardes para con los que algo pueden, son cruelísimos para los que nada pueden, agraviando á los pobres, y manteniéndose de su sudor.

(Fr. Luis de Granada.)



4.ª Fábula

Las dos Amigas

—Penélope, por mi mal
Me dicen muchos que soy:
Amiga, rabiando estoy:
¿Por qué me tratan tan mal?
—Porque tu vida ha de ser
Un tejer y destejer.

Ignoras tú, que esa dama
Tejiendo estaba de día,
Y, á la noche, deshacía
Su tela? pues tal se llama
La que imita á esa mujer
En tejer y destejer.

La doncella, que es devota,
Oye misas y sermones,
Y, de noche, en las reuniones
Baila el tango y la gabota,